



LA MUJER ÚNICA

Vicente Mateos Sainz de Medrano

LA MUJER ÚNICA



Primera edición: agosto 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Vicente Mateos Sainz de Medrano

ISBN: 978-84-19899-44-6

ISBN digital: 978-84-19899-45-3

Depósito legal: M-26523-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A las mujeres: siempre únicas en su diversidad maravillosa

Cuando el pasado se hace presente.

Y viceversa

La primera vez que experimenté la sensación de que la vida se me iba en cada respiración, en cada suspiro, en cada movimiento, de que te diluyes y evaporas en el arrobamiento que te inunda, aunque no sepas definir qué es lo que se apropia de ti, está ligada de modo indefectible a unas piernas morenitas esculpidas con arte de orfebre por la naturaleza que mis manos recorrían de manera dulce y trémula en su extensión atlética, ora con apremio, ora con placidez y delicadeza, bajo las faldas del hule que cubría una mesa camilla que justificaba su estar en el espacio dando color y sabor a una cocina de horno de carbón donde la propietaria de esos dos monumentos carnales, María, y yo, simulábamos estudiar la geografía de España en la enciclopedia del último curso de primaria, que ejercía de trampantojo para quien por allí pasara. Corría el año mil novecientos sesenta y ocho. Teníamos ocho años.

*

Caían chuzos de punta en Madrid aquella mañana de los primeros días de febrero de 2010. Un cielo plomizo descargaba tanta agua que en las calzadas y aceras se formaban correntías que se iban colmando camino de las alcantarillas, engordadas de continuo por unos goterones cuya fuerza se dejaba sentir en el impacto sonoro que atronaba en la carrocería del coche en el que volvía a casa de regreso del hospital de La Princesa tras visitar a mi padre,

que agonizaba en la unidad de cuidados intensivos desde hacía más de un mes sin haber recuperado el conocimiento. El cielo gris y tristón era fiel reflejo de mi estado de ánimo, de mi congoja y de mis peores temores tras meses de visitas hospitalarias cuajadas de pruebas y dos operaciones que me transmitieron en directo el absurdo final de un hombre vital, de un gran vividor que disfrutó de deseos, anhelos y placeres por encima y por delante de toda responsabilidad, no ya marital o paternal, sino consigo mismo, preso de su obsesión por el sexo femenino y la fiesta continua. Vitalidad que ahora se le escapaba por los cuatro costados, y con ella la vida, por la impaciencia de no saber embridar el ansia por verse libre que malamente contenía las correas que le amarraban a la cama en la que se recuperaba de una exitosa intervención para superar un cáncer de colon. Esa inquietud constante, la falta de sosiego y la ausencia de la necesaria paciencia para aguantar sin rechistar lo que en situaciones límite hay que hacer para superar un trance apurado, como el de salvar la propia vida, le habían provocado la rotura interna de los puntos de la operación. Es así como él mismo se produjo una septicemia generalizada que le llevó de emergencia a la UCI, de la que ya no salió, como espantosa metáfora de un temperamento guiado desde niño por lo que nacía del deseo y la voluntad propia por encima de toda consideración o imposición.

Después de cumplir con la rutina diaria de ir al hospital, comprar el pan y hacer mandados diversos de intendencia general para el día a día familiar, me senté delante del ordenador en el despacho que tenía en la buhardilla de casa, donde desarrollaba mi actividad profesional como productor audiovisual, despacho al que había vuelto hacía ya dos años para recrear de nuevo mi mundo de actividad de manea autónoma tras verme forzado al cierre de la empresa de comunicación que mantuve durante diez años como consecuencia de una sucesión de infortunios de esos que parece que siempre les pasan a otros o que solo suceden una entre un millón de veces, pero que a mí me venían tocando con reiteración a lo largo de mi trayectoria. Tanto es así que tengo instalada en la

cabeza la idea, sustentada en la experiencia demostrable, de que si bien el éxito no me ha sido ajeno, siempre se mostró esquivo, ya que solamente me ha bendecido con sus bienes después de una ardua y extenuante pelea contra las circunstancias, pues los envites que he tenido que sortear para conseguirlo siempre han sido dobles, frente a las facilidades de las que disfrutaban otros, bien sea por razones de cuna o por la mera fortuna sobre la que algunos parecen ir siempre montados. Otra vez me encontraba en la situación de tener que exprimirme el magín para traer dinero a casa con el que pagar las facturas y comer, que me ligaba al ordenador durante muchas horas al día, para encontrar el sustento en un sector tan caótico como el audiovisual, instalado en la inestabilidad permanente, acentuada por un proceso de crisis y cambio profundo por la llegada de la tecnología digital que afectaba al modelo de negocio. Con estas tribulaciones, las de todos los días, encendí el ordenador mientras liaba el canuto que todas las mañanas acotaba mis obsesiones sin imaginar la revolución arrebatadora que el destino me tenía preparada, que pondría patas arriba mi vida convirtiéndola en un torbellino de emociones, torturas y llantos torturados. Y de un amor de intensidad inigualable, que pondría al descubierto una sensibilidad, un sentimiento, que nunca pensé que pudieran tener albergue en mí. Abrí el correo electrónico con la ilusión, como impenitente optimista, de encontrar alguna respuesta positiva a las muchas propuestas y proyectos que con regularidad espartana enviaba a empresas y medios. No había ninguna, pero sí un mensaje con remite en Italia que me perturbó de inmediato y borró, a velocidad luz, todo lo que bullía en mí.

Hola, ¿eres tú Víctor?, ¿el que vivía en San Blas?

La lectura de este breve texto que me remitía María S aceleró el bombo rutinario del corazón, como cuando le pegas una calada profunda a un canuto de buena hierba o hachís recién levantado que te paraliza y obliga a sentarte para recolocarte. De improvviso

sentí la calentura de la sangre en las sienes, como cuando practiqué boxeo y te propinaban en frío un gancho directo al mentón que te dejaba noqueado. Todo se removió al cogerme desprevenido mientras el cerebro, en cumplimiento de su función de salvaguarda ante los envites que te desubican, activó las alertas que, de modo nebuloso, anticipan un nuevo reto rompedor al que te has de enfrentar. Como luego sucedió. Dejé caer los brazos paralizado con la mirada fija en esas palabras, sin capacidad para hacer el más leve movimiento, mientras el porro se consumía en los labios. En ese estado de catalepsia transcurrieron unos pocos minutos eternos en los que brotaron apelotonadas e inconexas vivencias y sentimientos imposibles de descifrar y ordenar en ese momento que reclamaban su espacio en la mente sumergiéndome en una ensoñación gustosa que desee alargar eternamente, hechizo que no quise quebrar hasta que, liberado de él, acerqué las manos al teclado y escribí un breve mensaje de respuesta a las dos preguntas que me habían trastornado de manera tan contundente.

¡Sí! Y tú, ¿eres María?, ¿la que vivía en la calle Castillo de Uclés, 31?

Volví a la parálisis en espera de que el ordenador devolviera una respuesta que no llegaba. Insistí impaciente.

¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? Es tanto el tiempo que he empleado en tu búsqueda. Dime que eres tú.

Esperé y esperé, pero la falta de respuesta me llevó a buscar en Facebook, que ya estaba operativo en español desde 2007, el perfil de María S, que encontré rápido, en el que no figuraba ninguna fotografía que la identificara; solo el nombre y una estampa de la localidad de Pésaro en Italia. El ansia por descubrir si era ella posó de nuevo las manos sobre el teclado.

¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? ¡Es tanto el tiempo empleado en tu búsqueda!

Tampoco obtuve respuesta. Ni ese día, siete de febrero, ni al siguiente. Quedé así en un estado de ansiedad letárgica, acompañada de la sensación de que quizá me estaba sugestionando. Que la reaparición de un amor que retorna desde las profundidades del tiempo solo pasa en las novelas rosa o en las películas, pero no en la vida real. Y mucho menos a mí. Aunque he de confesar que todo mi ser deseaba que fuera cierto: que fuera ella. Deseo que abrió un proceso de autoestimulación persuadido por la evidencia de que mis cincuenta años estaban repletos de sucesos y acontecimientos que no le pasan a cualquiera; en la creencia de que mi vida cumplía con un sino particular por el que no me libraba de nada. Bueno y malo. En todos los órdenes de la vida. Por tanto, ¿por qué no podía pasarme también esto?

La lectura de su breve mensaje provocó que todo, incluida la agonía de mi padre, pasara de manera vertiginosa a un segundo plano, pues no se trataba del retorno de una persona del pasado a la que se tenía un especial cariño, o de ese amor pubescente que todos hemos tenido y con el que de manera recurrente soñamos conforme pasa el tiempo y entramos en la senescencia. Primer amor al que acudimos en los momentos en que nos sentimos insatisfechos o las cosas no marchan bien, o como quisiéramos, y nos da por pensar en cómo hubiera sido nuestra vida si hubiéramos continuado esa historia. Si la hubiéramos elegido a ella o a él, y no a la persona con la que vives en el presente. Engaño de la mente que nos hace creer por unos momentos que el pasado, que la vida, es reversible. Yo sí estaba con una mujer, la hermosa y dulce Laura, con la que compartía desde hacía treinta años una vida rica en vivencias y revuelta sentimentalmente que no evitó el desarme emocional que me produjeron las pocas palabras escritas por una mujer que aún no sabía, a ciencia cierta, si era la María de mi infancia y pubertad. Una etapa que viví —siempre he tenido conciencia de ello— hechizado por el embrujo de su piel de oro y sus coletas bamboleadas por el viento cuando corría delante de mí: ¡a ver si me pillas!

María era un reto de incitación constante a buscarla y cogerla para, una vez en mis brazos, abrasarme en el verde de sus ojos profundos y cautivadores. Ojos que protegían unos párpados ribeteados por unas pestañas pobladas y largas de un intenso negro azabache que cuando se entornaban y abrían de golpe parecían decirme: ven, bucea y piérdete conmigo en estas profundas aguas color turquesa. La simple pulsión que reclaman las hormonas agitadas por el despertar adolescente a la vida no era suficiente para explicar cómo esta se nos iba en cada quejido de pasión ardiente cuando nos tocábamos, besábamos o acariciábamos fundiéndonos en un solo ente. En un único ser. Sentimiento de unicidad que las pocas palabras del mensaje había traído de nuevo al pedestal de la memoria como una vivencia que volvía a hacerse vívida; acompañada de otra idea no menos turbadora y clarividente, la de que quizá mi permanente necesidad de explorar y mantener relaciones con otras mujeres podía estar originada en la constante e inconsciente añoranza de María. Unión simbiótica, casi celular, que compartimos en el barrio suburbial de San Blas durante los primeros doce años de nuestras vidas, que perdimos de golpe tras una forzada separación que nos dejó incompletos sin saberlo y me lanzó —aún no sabía si también a ella— a un frenesí de golferías en las que la búsqueda del placer sexual no era el único objetivo, sino recuperar —ahora empezaba a intuirlo— el deliquio amoroso que compartimos. Indagación constante que durante años ocupó buena parte de mis energías, que pude acometer gracias a la santa paciencia de Laura, a cuyo regazo siempre volvía tras autoengañarme con falsos enamoramientos y la insatisfacción de no encontrar lo que, en concreto, nunca supe qué era.

Emociones y pensamientos surgidos a borbotones por su falta de respuesta que acrecentaron mis inquietudes y malestares, fruto de la comezón que me produce sentir limitada mi capacidad de decisión y maniobra, por lo que decidan o hagan otras personas. Situaciones que detesto y de las que huyo como gato del agua porque no sé esperar ni me gusta poner en manos de otro mi destino,

por banal que pueda ser. Como tampoco acepto que una persona llegue tarde a una cita, por la descortesía despreciativa que supone jugar con tu tiempo por su inutilidad o incapacidad para manejar el suyo. Siempre he pensado que una buena manera de saber cómo es una persona es observar el uso que hace de su tiempo, si lo malgasta y derrocha inútilmente o lo aprovecha y gestiona, aunque sea para perderlo de manera deliberada y consciente: que es cosa distinta a perderlo tontamente. Y si quieres profundizar en su personalidad, abre su armario y echa un vistazo rápido a la variedad y colorido de su indumentaria, y sabrás si es tímida y pesimista si predomina el negro, o todo lo contrario si hay variedad de estilos y colores. Peculiaridades de un carácter observador que me tienen en un estado de alerta permanente para evitar contar, inadvertidamente, intimidades o lo que pienso o siento a personas de cuya lealtad desconfío, escaldado de que utilicen ese conocimiento para dañarte emocionalmente: el peor de todos los chantajes.

La falta de respuesta de quién creía que sería María me situó en un detestable tiempo muerto, en una obligada espera impaciente que acrecentaba de modo superlativo una insana ansiedad. Ansia desatada por saber cómo habría sido su vida, si estaría casada, con hijos, si se habría desenvuelto bien profesionalmente y, sobre todo, por qué reaparecía ahora: a la vuelta de casi cuarenta años. Días agónicos y desagradables a la vez, por el estancamiento en el estado de mi padre, ya al borde de la muerte, como comprobé en las visitas a la UCI los días ocho y nueve de febrero que me permitieron ver, con asombro, el grado de hinchazón y deformidad anormal y patética al que puede llegar el cuerpo humano en su pelea por la vida. Visión que me llevó a plantear a los médicos que quizá había llegado el momento de desconectarle de la máquina que le permitía respirar y de la que le renovaba la sangre para no alargar una situación que parecía sin salida tras más de veinte días sin ningún avance. Y no tanto por el sufrimiento que evidentemente no sentía en su permanente estado de letargo. Petición desatendida por los médicos que, en virtud de su experiencia, me recordaron que

siempre hay que mantener abierto un rayo de esperanza y que, precisamente por eso, serían ellos los que definirían cuándo debería producirse el desenlace fatal: si este debía de llegar.

—Hemos visto a muchas personas estar aquí mucho más tiempo que su padre y salir para adelante —dijo el médico con el que hablé con un cierto aire de suficiencia.

Un argumento que me dejó sin palabras, dado mi desconocimiento sobre la evolución de los procesos que colocan a las personas en el filo entre la vida y la muerte, y en el que mi padre se había instalado en una especie de reto macabro consigo mismo. Salí de la UCI con el ánimo por los suelos, impresionado por la imagen de la inflamación de su brazo, equiparable al volumen de mi tórax; y con el repiqueteo en el alma de las últimas palabras que intercambiamos. De la conversación que hilamos cuando íbamos en el coche camino de su ingreso hospitalario para operarse de nuevo y que fue, a la postre, la última coherente y enjundiosa que mantuvimos, porque después ya no recuperó ni la cordura ni la consciencia.

—¡Hijo!, ¿saldré de esta?, ¿verdad?, ¿no me moriré?, ¿no? —soltó de sopetón entre interrogativo y esperanzado.

—¡Papá!, recuerda: ¡comer mucho!, ¡joder fuerte!, ¡y enseñarle los cojones a la muerte! Eso es lo que me has enseñado, y así es y será si te mantienes fuerte, firme y seguro de ti y de tu recuperación —le respondí quitando hierro a sus interrogantes.

—¡Ya, hijo!, ¡pero no me quiero morir! —apuntó en tono lastimero.

—¡Papa!, ¡tú no te morirás nunca! Solo tienes que estar tranquilo, no como después de la última operación, cuando te quitaste la sonda y el médico se cabreó contigo. ¡Por eso te ves ahora en estas! Ya sabes que te quitarán un trozo de intestino y luego coserán los dos extremos. Eso es todo: ¡no tiene más complicación! —le expliqué sin conseguir aplacar su miedo.

—¿Y si me muerdo? —añadió en tono quejumbroso.

—Tú eres fuerte y sigues teniendo ganas de vivir, no te pongas ahora quejicoso. ¡No te vas a morir! —le apunté elevando el tono para dar más seguridad a mis palabras.

—¡Ya! ¡No me quiero morir hijo! —repitió como el niño que se niega a reconocer lo malo que presente.

—¡Anda, déjate de tonterías! ¡No, papá!, no te morirás de esta. Tu vitalidad e inagotable ansia de vida no marcan todavía tu hora final —le dije taxativo para zanjar una conversación que estaba debilitando su poca fuerza vital y mental indicándome que la muerte le estaba rondando.

Breve pero sustancial diálogo que expresaba la impotencia de los seres humanos ante la muerte, cuando intuyen que el deseo de vivir no es suficiente para evitar lo que en su fuero interno se presenta como irremediable. Macabros pensamientos que cobraron cuerpo ante el presentimiento que empezaba a calarme los huesos de que, esta vez sí, su fin podía estar próximo, pues nunca le había visto con la autoestima tan baja. Ideas negras que degeneraron en un estado de inquietud y aflicción sin pausa, desconocido, con las que comprobé lo unido que estaba a él, más de lo que imaginaba, aunque hubiera sido un padre nefasto, autoritario y desinteresado por mis cuitas personales. Con él, que nunca tuve una relación padre hijo al uso ni conversación alguna de trascendencia; pero que, sin embargo, había sido un camarada sin igual durante los cuatro años que vivimos solos, cuando volví a Madrid a estudiar la carrera de periodismo desde Barcelona, donde vivía con mi madre y hermanos tras su definitiva separación. Años en los que disfruté con él de juergas extraordinarias, por locas y por bordear muchas veces, y sobrepasar en otras, los límites de la moral tradicional.

Juergas junto a sus amigos de la peña taurina en la que me integró con dieciocho años, abriéndome el camino para descubrir el Madrid nocturno y canalla de finales de los años setenta, junto a hombres cuarentones y cincuentones, en sus recorridos por los clubes de alterne donde tuve mi primer acercamiento a las putas

que me adoptaban como el jovencito, el pipiolo, al que había que engatusar y provocar para hacer un servicio. Que me contaban sin recato los avatares de su peculiar vida y profesión mientras ellos iniciaban la madrugada jugando al póquer dejando el sexo para un mete saca rápido cuando despuntaba el nuevo día si conseguían una erección después del mucho vino, güisquí y ginebra ingeridos. Peña taurina que daba apoyo al torero Paco Alcalde, que era la excusa perfecta para salir y golpear con epicentro en el bar restaurante Casa Pepe, situado en el paseo de la Castellana, tres números más arriba del portal donde vivíamos, en el entonces conocido como barrio de Corea, porque allí se estableció un importante contingente de oficiales y suboficiales excombatientes de la guerra de Corea destinados en la base aérea de Torrejón. Marines USA que llegaron a raíz de los Pactos de Madrid firmados en septiembre de 1953 por Franco y los Estados Unidos, con los que el régimen franquista salía de su aislamiento internacional a cambio de conceder a los estadounidenses la instalación de cuatro bases militares en España. Su creciente presencia desde mediados de los años sesenta transformó el barrio en un pulmón de incipiente cosmopolitismo en una ciudad que apenas conocía a los negros, en un Madrid que dejaba, definitivamente, la condición de gran poblachón manchego que aún arrastraba a principios de la década. La llegada de los americanos propició que se instalaran en la zona otros extranjeros, famosos de la única televisión del momento, algún que otro cantante, actor o actriz conocidos, y de profesiones liberales con dinero en la cartera que hicieron del barrio una isla de liberalidad y libertinaje en la pacata y reprimida sociedad franquista madrileña.

Barrio que conocí años antes de ir a vivir en él, porque en las inmediaciones de Corea, en el descampado que tiempo después ocuparon los Juzgados de Plaza de Castilla, se instalaban los espectáculos rodantes para niños, en particular el circo, y de ellos el más famoso y grande: el Ringling, que se presentaba como el mayor espectáculo del mundo con sus tres grandes pistas en las que siempre había algún artista habilidoso, después del desfile inicial que daba

paso a una persecución entre indios y *cowboys* —vaqueros, decíamos nosotros— mil veces vista en las películas del Oeste y que no nos llamó particularmente la atención, salvo por los bonitos caballos. Al Ringling nos llevaron una tarde mi madre y la hermana de María, Ángela, junto a nuestros hermanos pequeños, donde vimos de cerca cuan enormes son los elefantes y los osos, lo mal que olían por un cuidado deficiente, y cuya presencia nos infundía temor por si se desmandaban y arremetían contra sus domadores o el público. Miedo que aumentó cuando salieron a pista los tigres y leones, que nos parecían más fieros, e incitaron a María a agarrarme del brazo y arrimarse a mí como nunca, con los ojos abiertos como platos. Acción frecuente en ella cuando algo le inspiraba recelo que hacía que me pusiera tieso como un palo con el pecho hinchado como si me fuera a comer a alguien: «¡Mil hombres!», me decía mi madre entre risas cuando me veía así de henchido. A ninguno de los dos nos gustó el mayor espectáculo del mundo: ni los malabaristas, ni los equilibristas ni los contorsionistas que casi te hacían daño solo con mirarlos, ni los trapecistas con sus vuelos a los que nunca terminé de verles la gracia. No nos gustaron porque no despertaban en nosotros ningún tipo de asombro, ni tampoco los payasos, que, por el contrario, nos resultaban demasiado simples, poco chistosos e incluso sospechosos de esconder intenciones aviesas. Sus caras pintadas, maquilladas hasta hacerse irreales, no nos transmitían alegría precisamente, sino intranquilidad. La vuelta a casa sentados juntos en el tranvía, cuando caía ya la noche y refrescaba, facilitó que nos apretáramos mucho el uno contra el otro y que nos propináramos varios besos furtivos mientras mi madre y Ángela lidiaban con nuestros hermanos pequeños.

Pero el circo no era el negocio del barrio de Corea; sino los dólares yanquis y el deseo de sexo fácil de sus propietarios, que propiciaron que surgiera una red de clubes nocturnos, de prostitutas de nivel, que eclosionó en la década de los años setenta con casi una decena de ellos agrupados en el entorno de la calle Doctor Fleming que hicieron que la zona fuera bautizada en varios reportajes

periodísticos, y en un libro del periodista Ángel Palomino, con el nombre de *Costa Fleming*. Ese era el barrio en el que se ubicaba Casa Pepe, donde cenábamos, como mínimo, un par de veces por semana, manjares prohibitivos como las angulas servidas en tres preparaciones: *enbarinás*, en vinagreta o al ajillo; además de cigalas, percebes, centollos, lenguado *à la meunière* —una exquisitez en la época, como el entrecot cuatro quesos— y otras muchas viandas exclusivas en aquellos años. A Casa Pepe se entraba desde la Castellana a través de dos amplias puertas de doble hoja en cuyos cristales, como era costumbre, aparecían pintadas en color ocre el nombre del local y en rojo y amarillo, cigalas de grandes pinzas y gambas de largos bigotes, realizados por dibujantes con más ánimo que criterio artístico. Puertas que daban acceso a un local con tres amplias estancias de comedor que partían de un remedo de pozo manchego situado en el centro a las que se accedía tras sobrepasar una enorme barra ondulante de más de seis metros de largo sobre la que colgaban jamones sin tiento, con un mostrador que ofrecía un sinfín de tapas: los clásicos boquerones en vinagre o recién fritos, bonito con pimientos rojos, ensaladilla rusa, callos del día, zarajos, chorizo frito, anchoas, banderillas, mollejas, bígaros, gambas y un largo etcétera de opciones para el picoteo que los camareros recitaban de memoria. Casa Pepe era, a pesar de estar ubicado en una de las zonas consideradas *pera* de Madrid, un bar restaurante como el de cualquier barrio popular de la capital, al que apenas se acercaban los extranjeros, donde se daba de comer como se hacía entonces, abundante, aunque el menú que ofrecía destacaba más por la calidad del producto que por su cocinado y condimentación.

La estética y las deficiencias del menú, que no comían, poco importaban a los integrantes de la peña Alcaidista, compuesta por hombres maduros y variopintos hechos a sí mismos en la calle, de la que habían extraído, a pesar de su cultura limitada, su beneficio a fuerza de una agudeza innata para aprovechar las oportunidades, aunque fuera a costa de los ingenuos y el engaño, lo que exigía te-

ner un cierto corazón de hielo y la necesaria capacidad para enfrentarse a lo que hiciera falta, incluidos los mamporros. A este grupo pertenecía *Currito*, el más joven de todos, grande y de prominente barriga, con tendencia a ponerse cárdeno congestivo en cuanto tomaba la primera copa y que, sin haber llegado a los cuarenta, era propietario de un floreciente negocio de máquinas de bolas, *flipper*, que hacían furor y daban mucho dinero, y que acababa de introducir en Madrid las primeras de bingo con bolas. Negocio conflictivo del que cada noche, y en un madrileño castizo ya casi perdido en aquella época —*naturaca* era su muletilla recurrente—, nos contaba el último enfrentamiento con la empresa que le hacía la competencia, regentada por el ex jugador del Real Madrid, Velázquez, con quien mantenía una contienda de tiempo concretada, como en las películas de mafiosos norteamericanos, en sacar de los bares y tirar a la calle las máquinas del contrario para instalar las propias. Violencia que significaba tener siempre una guardia pretoriana cerca dispuesta para repartir puñetazos y algo más cuando hacía falta. Otro personaje era Andrés Lara. *Larita*, un gitano señorito, con pasta, que se dedicaba a la chatarra y se gastaba la tela en ir bien vestido y cargado de *colorao*. Muy simpático y animoso, siempre hablando de mujeres, al que le gustaba el póquer más que otra cosa, y que tras las dos primeras copas se arrancaba a cantar con muy poca voz y entonación quebrando la idea genérica de que todos los gitanos tienen que cantar bien. Marcial y Rubén, otros de los asiduos a las cenas y hombres discretos, regentaban varios clubes de alterne en Madrid que frecuentábamos. Marcial en lo que llamaban el Mol, un edificio ubicado en las inmediaciones de la estación de Chamartín, donde era propietario de tres clubes de distinto tono; en tanto que Rubén regentaba otros tres en diferentes zonas de la capital. Junto a estos personajes, criados y cultivados en la calle, también eran fijos en la peña personajes de otro pelaje, procedentes de una clase media pudiente, con un poso cultural más alto y refinado, como Gonzalo, abogado que obtuvo el acta de senador socialista en las primeras elecciones democráticas, muy aficionado

a los toros y el que tenía un conocimiento taurino mayor. O Paco Rojas, simpático artista plástico que pasó varios años en París viviendo como un bohemio, como un *clochard*, para desarrollar su arte, al que le gustaba hablar de los aspectos artísticos del toreo y exhibir su faceta de vividor y golferas, sin duda menor y menos vivida de lo que declamaba, y que siempre intentaba pagar las cenas del mes con un cuadro. Otro fijo era el escultor Soriano, el más reservado y el que mejor precisaba, con claridad y rotundidad, sus opiniones las pocas veces que las expresaba, y cuyo arte se había especializado en creaciones en bronce de temática taurina. A las cenas de la peña acudían también amigas, ligues, de alguno de ellos o invitados por el dueño de Casa Pepe, Alfonso, *Alfonsito*, como le apodaba mi padre, al que tenía como confesor y le pedía consejo constante sobre sus permanentes problemas matrimoniales, como si mi padre fuera un oráculo en la materia. Aunque tengo que reconocer que los consejos que le daba eran buenos y propios para mantener el calor y el deseo en la pareja; por eso cuando se los oía me cabreaba: ¿por qué no se los aplicó así mismo con mi madre? Alfonsito era un hombre bonachón que se dejaba arrastrar por la juerga sin reparar en el dinero, lo cual le acarreaba duras sanciones cuando llegaba a casa, casi siempre al alba y tocado de ala.

—¡Joder!, anoche cuando llegué no me dejó arrimarme a ella.

—¡Y qué esperabas, Alfonsito!, si llegas oliendo a güisqui y cocido casi todas las noches.

—¡Coño!, pero este es mi negocio y estoy obligado a alternar; pero ella no lo entiende y me castiga dejándome sin joder desde hace meses, ¡a pan y chocolate!, y tú sabes que a mí las putas no me van.

—Tienes que reconquistarla y demostrarle que piensas en ella y la quieres.

—¡Qué fácil es decirlo! ¿Y eso cómo se hace?

—¡Sorprendiéndola! Apareciendo en casa con unas flores, con un vestido, con unos bombones, con una pequeña joya cuando

no se lo espera. Te la llevas a cenar y luego a pasar la noche en un hotel, y ya verás como no se te resiste y machacas seguro.

—¡Ufffff!, ¡ya te contaré!, aunque tú no sabes cómo es Maite. De morros es una piedra.

—Hasta la piedra más dura se quiebra con el agua, en este caso con amor y ternura.

¡Qué cabrón era mi padre!, pensaba cuando le escuchaba decir esas cosas y me acordaba de mi madre. Alfonsito estaba en la talla media de los españoles de su generación, poco más del metro sesenta, que parecía menos por las amplias y largas chaquetas que llevaba, siempre grises, de esas que tapan el culo con mangas que cubrían parte de la mano, lo que le hacía más chaparro. A Alfonsito le gustaba, como a todos sus coetáneos que habían conseguido el éxito económico viniendo desde abajo, llevar grandes cantidades de dinero en el bolsillo. Billetes que se convertían en fajos de muchos miles de pesetas conforme pasaban las horas del día e iba arramblando, cada poco, con lo que se almacenaba en las cuatro cajas de un local que daba mucho dinero. Como coreografía itinerante de este peculiar patio de Monipodio, por la peña pululaban otros personajes como el *Chocolate*, un japonés de tez permanentemente morena, con muchos años en España, que tocaba la guitarra como los ángeles, que se dejaba ver al final de las cenas para amenizar el inicio de lo que todos sabíamos que era el preludio de una larga madrugada en la que nos introducía rasgando en las cuerdas el poema popular de humor negro conocido como *el Pjyayo*, romanza que canta las andanzas, allá por finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, de un afamado vendedor ambulante malagueño, cantaor y guitarrista flamenco de origen gitano, Rafael Flores Nieto, conocido por este apelativo, que Alfonsito recitaba a los acordes del *Chocolate* como si le fuera la vida en ello, hasta el punto de saltársele las lágrimas que caían por sus regordetes mofletes dando a la escena un tinte de drama teatral impropio para aquella panda de golferas que solo pensaban en las mujeres, el póquer y, a veces, en los toros.

¿Tú conoces al Piyayo? Un viejo buyo negro renegro que ata a su cuerpo una guitarra que chiiiilla como una coneja, y tiene arrumacos de vieja pelleja. ¡Yo lo he visto llorar!

Y era tanta la efusión de emotividad que Alfonsito ponía en este largo recitado que una noche desembocó en tragedia, después de haber tomado unas lentejas en un garito de la calle Segovia, de esos que abrían a media noche en Madrid para dar de cenar a noctámbulos, gentes del teatro, taxistas y personajes de extraño aspecto; cuando, con el Chocolate a la guitarra, Currito se puso a zapatear *el Piyayo* con la misma o más pasión y sentimiento que el recitado de Alfonsito mientras su rostro se iba congestionando.

—¡Currito, déjalo!, ¡que no te está sentando bien! —le dijo mi padre.

—¡Que te estás poniendo rojo como un pimiento! —le gritamos algunos de los que allí contemplamos en directo un espectáculo de emoción desbordada y sentimentalismo exagerado, más propio de una tragedia griega que de una fiesta de amigos de parranda.

Esas fueron las últimas palabras que Currito oyó en su vida porque dos minutos más tarde caía al suelo fulminado. Aquel orondo corpachón quedó allí tendido, inerte y sin vida, para asombro y estupor de todos, que paralizados quedamos en silencio por unos pocos minutos para, después del sobresalto, poner pies en polvorosa. Todos menos Alfonsito y mi padre, los únicos que, junto a los camareros y el dueño del local, se quedaron esperando la llegada de la ambulancia, la policía y el juez de guardia.

Unos días más tarde fue la última vez que estuve con María, a principio del otoño de 1979, después de muchos años sin vernos, ocho, desde que nos fuimos a vivir, un año, a Las Palmas de Gran Canaria y nos perdimos la pista. Fue mi padre quien me dijo una mañana que la había visto de lejos entrar —porque le comentaron que trabajaba ahí— en la joyería que había en Doctor Fleming, junto al bingo de la Casa de Marruecos donde íbamos a jugar algu-

na que otra tarde noche. Juego que fue el primero en ser legalizado y que en aquella época causaba furor. Por la tarde me presenté en la tienda y, efectivamente, allí estaba, con sus enormes ojos verdes y su permanente moreno tostado por un sol que se había esmerado en dar a su piel una textura especial: sin poros ni puntos negros ni zonas con antojos, pecas o verrugas pequeñas que aparecen en los sitios más inhóspitos; ni pelos de esos que se presentan en cualquier parte recóndita del cuerpo para recordarnos que somos imperfectos. No era ese el caso de María, que estaba como la recordaba, hermosa como una vestal y sin ningún tipo de impurezas que daban a su epidermis el aspecto de estar siempre depilada, lisa y brillante como si se acabara de impregnar el aceite más fino y delicado que la hacía refulgir como el oro. Como una diosa con los brazos dispuestos para acoger y ser acariciada. En perfecto estado de revista, como se decía en la mili. María parecía y era de seda, por eso cuando la tocaba en el barrio mis manos se deslizaban sin quererlo hasta y más allá de donde la prudencia y la buena educación permite y aconseja; hechizado por una belleza mayúscula que, para ella, luego lo sabría, fue causa de su atormentada vida. Al entrar en la joyería quedé imantado en su pelo ensortijado, como el de una leona, que reforzaba los matices más selváticos y poderosos de su carácter fuerte, realzando su poderío de mujer de una manera inaudita y subyugante. Rizos que enmarcaban un rostro de ojos grandes y profundos, situados en unas órbitas dibujadas por unas cejas que parecieran haber sido delineadas para hacer billar con mayor intensidad su iris verde esmeralda. Órbitas en medio de las cuales ocupaba el espacio justo una nariz fina y casi respingona, sin llegar a serlo, que bien podría haber servido de molde para la famosa muñeca Barbie, debajo de la cual refulgían unos labios exuberantes, carnosos, mullidos, suaves y absorbentes, de un rojo intenso natural que no necesitaba carmín, pues ofrecía infinidad de tonalidades en función de la intensidad de la luz que se posaba sobre ellos. Rostro privilegiado rematado por unas orejitas pequeñas, perfectas y exactamente iguales. ¡Qué difícil es eso! Igual que

sus pómulos en su justo punto medio de volumen para conformar, junto con un mentón fino, la tez de una diosa. Perfección casi insultante para los seres que, como yo, no hemos nacido con el don de la simetría. Y, por tanto, de la belleza.

Esa tarde María cubría su anatomía con un vestido holgado color champán que no buscaba provocar las miradas ajenas; sino disimular sus formas redondeadas de dimensiones proporcionadas entre los hombros, el pecho, las caderas y el culete, que hacían de su cuerpo un modelo de armonía y elegancia alejado, como se decía entonces, del de una mujerona rotunda por sus curvas y aspecto de devoradora de hombres. No. La fisonomía y presencia de María nunca fue, ni era, la de una devoradora de hombres, sino la de una mujer de sensualidad exquisita y refinada que la dotaba de un halo de exclusividad. Belleza ardiente y particular que te incitaba a cuidarla y protegerla para evitar que se rompiera, que, a la vez, y en la misma proporción, despertaba el deseo carnal de poseerla combinado con una inmensa ternura que renació nada más verla en aquella joyería. Que me trajo el recuerdo de rodearla con mis brazos cuando estábamos en el barrio mientras, sentada en mi regazo, la llenaba de besos. Al mirarme sus ojos de mar agitado se quedaron fijos en los míos de almendra, que se clavaron en los suyos. Desde ese instante las palabras fueron innecesarias. El silencio que provocó la escena inesperada bastó para que el propietario del negocio y el único cliente que había se dieran cuenta de que entre María y el recién llegado había algo más que un simple conocimiento. Cruce de miradas que nos trasladó la idea de que era mejor salir de aquel entorno antes de que la sorpresa por el encuentro pudiera derivar en un beso, un abrazo o una caricia que, al menos yo, tenía la necesidad de sentir y compartir sin observadores directos. Por eso, sin palabras, ella se dirigió hasta donde me encontraba inmóvil bajo el dintel de la puerta de entrada. Me cogió del brazo con cariño y salimos a la calle sin que su jefe y el cliente se atrevieran a decir esta boca es mía, impactados por el magnetismo que desprendíamos, que los dejó, también, sin palabras. Bajamos los

tres peldaños de acceso a la tienda y entonces sí, ahí, en la calle, nos abrazamos como si no existiera el tiempo ni el espacio. Abrazo intenso, largo y tierno, de amor impregnado del lamento sordo por los años transcurridos sin saber el uno del otro. Abrazo que dio paso a un beso dulce, pero sin el ardor que esperaba.

Lo primero que salió de mis labios fue un quejido del alma por una separación tan larga. María permaneció callada mientras su rostro perdía por segundos la luminosidad alegre por el reencuentro, que de inmediato me produjo el escalofrío que recorre a todo enamorado cuando no se ve correspondido por el ser amado como anhela. Desconcierto que se evidenció cuando de manera suave y delicada soltó la mano que le tenía cogida. Estaba tan hermosa como siempre, aunque su belleza parecía apagada, sin el brillo con el que yo recordaba. Aunque intenté bromear contándole lo mucho que la había echado de menos, no conseguí arrancarle una sonrisa. Solo una mueca forzada, de claro compromiso, enmarcada en una actitud esquivada, que sentí fría y que, por conocerla bien, interpreté que escondía algo, alguna tristeza que esa tarde no conseguí que me contara ni descubrí. Tras unos pocos minutos de conversación intrascendente dijo que debía volver al trabajo, por lo que quedamos en la puerta a las ocho para tomar algo. Mientras la observaba entrar en la tienda, me poseyó un vacío insondable y el pensamiento de que aquella no era la María que guardaba en la memoria y el corazón. De improviso me avasalló el presentimiento de que algo de calado había pasado en su vida, no precisamente bueno, que impedía que el reencuentro fuera, como esperaba, para recuperar el amor que la vida nos había robado. A las ocho estaba como un clavo ante la joyería, de la que salió puntual mirándome fijamente desde que abrió la puerta y me anticipó, mientras descendía los tres peldaños de acceso a la acera, que no podía quedarse mucho porque, según adujo, había problemas en casa y debía volver rápido; declaración que interpreté como una simple excusa. María, por la razón que fuera que no averigüé, no tenía ganas de soltar prenda alguna sobre su estado de ánimo ni parecía interesarle estar con-

migo. Por claro compromiso me aceptó una caña rápida en uno de los bares de la zona que solo dio pie a una breve plática en la que, desde el inicio, su tono me sonó a reproche y desgana.

—¡Cuánto me he acordado de ti y te he echado de menos! —dije cariñoso.

—¡Bual! —fue su respuesta lacónica, con la que me percaté de que sus ganas de conversación eran pocas, por no decir ninguna.

—Siempre te he recordado y tenido presente, aunque no te haya llamado o escrito o no haya ido a verte; pero ya sabes, muchas veces la vida te desvía del camino deseado.

Palabras que no pude terminar por la frialdad con la que María fijó su mirada en la mía helándome la sangre y haciendo innecesario que verbalizara nada para comprender su reproche indicativo de que no siguiera por ese camino. Cambié de tercio.

—¿Qué tal tu familia? —repliqué manteniendo el tono cariñoso.

—Todos bien —respondió con simpleza y claro compromiso.

—Te siento rara, María, ¿qué te pasa? —tardó en responder, pues su mente parecía estar en otra parte.

—No me pasa nada —replicó con desgana educación.

—Te encuentro fría y ausente —insistí.

—¡Escucho la música! —sonaba *Europa*, de Carlos Santana.

Sus escuetas palabras me confirmaron, ya sin duda alguna, que no iba a conseguir nada, dando paso a una profunda decepción que desbarató la emoción de enamorado con la que había acudido a buscarla, convencido de que encontraría a la María de siempre: simpática, dulce y alegre. Bondades que siempre la caracterizaron, pero que esa tarde no encontré por ninguna parte. Que esa tarde estaban desaparecidas o escondidas para mí.

—María, cielo, no puedes engañarme, a ti te pasa algo, porque no te recuerdo tan abatida y triste como te veo ahora. Tan ida, tan en otro mundo como parece estar. Aunque tu físico está aquí, tu mente no. ¿No quieres nada conmigo? —le pregunté de manera directa para forzar así alguna claridad en su respuesta.

—Tengo problemas, Víctor, como todo el mundo —replicó como un autómeta.

La frialdad y el laconismo presentes en todas sus palabras indicaban de manera implícita que la cita no tenía ningún sentido para ella. La evidencia de su ausencia y el consiguiente y claro desinterés me hicieron sentir pequeño y frustrado, casi engañado, como a un niño al que de golpe le chafan la sorpresa prometida. Percibí que estaba buscando desprenderse de mí, alejarme, apartarme, desasosegando mi imaginación con todo tipo de pensamientos; el principal, que pudiera haber otra persona que me hubiera sustituido en su corazón. Pensé de todo, menos en lo que luego supe treinta y un años después. No obstante, intenté calentar su frialdad llevando la conversación por otros derroteros, pues su presencia y sentirla a mi lado aún me acalambaban por dentro. Reanudé la charla contando anécdotas simpáticas de la vida con mi padre sin conseguir arrancarle ni una sonrisa: ni una mueca de asentimiento. Volví a cambiar de tercio.

—Mi cielo, sé qué te pasa algo porque sé cómo eres, por muchos años que hayan pasado sin vernos y que no son tantos. Ocho desde que a la vuelta de vivir en Canarias nos volvimos a encontrar una tarde en mi casa de la Castellana.

—Te repito, Víctor, que no me pasa nada —recalcó un punto molesta.

—Lo que tú digas —repliqué—, solo quiero que sepas que sea lo que sea lo que te ha sucedido o te sucede, puedes contar conmigo porque ya nada ni nadie nos separará. No voy a dejarte sola nunca más. Desde este instante voy a protegerte y cuidarte como siempre hice en el barrio —palabras que parecieron sacarla de su ensimismamiento.

—No tienes ningún compromiso conmigo que te obligue a nada —respondió esbozando un gesto en el rostro con el que parecía expresarme: ¡si tú supieras!

Sus pocas palabras sonaban como aldabonazos en mi conciencia, mazazos de realidad que me ponía por delante la persona que había sido y seguía siendo mi princesita.

—Ya sabes, María —acerté a declararle desconcertado—, que siempre estás en mi pensamiento, en mi corazón y en mi recuerdo, aunque no haya ido por el barrio a verte.

—¡Déjalo, Víctor! —replicó mientras se incorporaba para añadir—: ¡Me tengo que ir! —lo que me sentó como una pedrada en el alma.

—María, ¡cielo! —respondí mientras intentaba tomar sus manos, que no se dejó coger.

—Espera, vamos a ver a mi padre, que le gustará verte. Le pido el coche y te llevo a casa.

—¡No!, no quiero que me lleves a casa. ¡Paga, y vamos a la parada del autobús!

—¡Por favor! ¿Quieres contarme lo que te pasa? —insistí.

—¡No me pasa nada! —repitió en un tono tajante de reafirmación de que no tenía intención de contarme nada; y que fuera lo fuera que le hubiera sucedido era más fuerte que yo, que nuestro pasado y nuestro reencuentro. Algo que, obviamente, no era nada bueno para ella y, de rebote, tampoco para mí.

Pagué y salimos del bar camino del autobús. La conocía, y por eso no insistí más y adopté un tono dulce y animoso que no le hizo mella alguna, pues seguía ausente mientras crecía mi extrañeza ante un comportamiento tan raro e impropio en ella, siempre dicharachera, actitud que aquella tarde me dejó sin vida al comprobar que las emociones ricas y amorosas compartidas que guardaba con tanto cariño parecían haber perdido todo valor para María. Nuestros besos, caricias, arrumacos, miradas y correrías por el barrio. Nada parecía estar esa tarde en su memoria ni corazón, y sí una obnubilación que la mantenía perdida y fuera de la realidad, comportamiento al que encontré sentido muchas décadas después.

—Bueno —le dije—, no me lo cuentes hoy, aunque sé que te pasa algo y serio. En todo caso —continué—, como seguirás trabajando en la joyería, nos veremos a diario y seremos de nuevo inseparables.

Pasaron unos segundos en los que María se limitó —ahora fue ella— a cogerme la mano al llegar a la parada donde el autobús parecía aguardarla para arrancar. Antes de subir me miró con sus arrebatadores ojos y me dejó una frase lastimera y misteriosa.

—¡No dejes nunca de pensar en mí! —esas fueron las palabras más cálidas que me dirigió en toda la tarde, mientras con su dedo índice recorría mi cara.

—Aquí no acaba ni termina nada, preciosa, aquí recomienza todo —afirmé mientras le robaba un beso desangelado cuando pisó el primer escalón para subir al autobús.

Me quedé de una pieza mientras la vi sentarse y apoyar la cabeza en la ventanilla. No me miró, perdida, oteando un horizonte incierto que solo estaba en su retina. Su imagen era la de una mujer ida, fuera de sí misma, como había estado toda la tarde. Las puertas del autobús se cerraron dejándome el alma hecha jirones. La seguí con la mirada mientras iniciaba la marcha que la alejaba de mí, esperando que me la devolviera. No sucedió. Siguió mirando a no se sabe dónde, probablemente a ninguna parte, como hacemos algunas veces dejando que la mente vuele o, por el contrario, para que se centre y no moleste con otros pensamientos fijando la mirada en un punto, próximo o lejano, que miras, pero que en realidad no ves. Punto imaginario a través del cual recuperas la serenidad que te permite analizar sin incordios ese hecho sucedido que tanto te ha afectado o herido al que debes dar encaje de manera prioritaria, por encima de cualquier otro problema o preocupación, para tranquilizar el espíritu y poder tirar para adelante. Su marcha me dejó solo, sonado y perdido en una plaza de Castilla desértica. Noqueado por lo frío que había resultado todo, tan poco acogedor y diferente a como lo había soñado. Volví sobre mis pasos interrogándome sobre cuál podría ser la razón que la tenía tan absorta, rechazando la idea de que hubiera dejado de quererme: de amarme, convencido de que los momentos vividos y el descubrimiento de la vida que habíamos compartido es algo que une hasta la muerte y no se olvida jamás. Por eso, me consolé pensando que

quizá todo era consecuencia de un mal día, como nos pasa a todos, y que conseguiría, seguro, que me contara qué era aquello que la afligía y transformaba su carácter de manera tan abrupta. ¡Ingenio de mí! No intuí ni pude imaginar en ese momento que esas últimas palabras no eran las de una despedida momentánea, sino premonitorias de que ya no volvería a verla en décadas. De que habrían de pasar treinta y un años, con sus días y sus noches, hasta volver a besarla, a abrazarla y acogerla en mi regazo. Años transcurridos desde ese triste momento, hasta el correo electrónico que había recibido hacía solo dos días, y que sin tener plena confirmación de que fuera de ella, ya me había conturbado de esta manera. Que la intención de sus palabras era la de una despedida definitiva lo supe a la mañana siguiente, cuando de vuelta de la universidad me presenté en la joyería. Al entrar, un pesado yunque me cayó en la cabeza cuando no la vi. El propietario del negocio comprendió al instante.

—Lo siento. Esta mañana, nada más llegar, se ha despedido sin dar ninguna explicación. Que tenía que dejarlo fue lo único que dijo, y que su hermano vendría por el finiquito —afirmó compungido.

Me quedé muerto al oírle. ¡Cómo es posible!, pensé sin terminar de crérmelo. Otro mazazo que me atormentó las horas siguientes. Después de comer le pedí el coche a mi padre para ir al barrio con la excusa de ver a la abuela Paca con el único objetivo de subir a su casa y declararle mi amor. Llamé al timbre. No tardó en abrirme doña Carmen, su madre.

—Hombre, Víctor, hijo. ¡Cuánto tiempo sin saber de tí, pasa y dame un beso. ¡Cómo nos hemos acordado todos de ti en estos años! —dijo afectuosa .

—Y yo también de ustedes y del barrio —respondí mientras cruzaba la puerta y empezaba a sentirme como en casa, por la efusividad y cariño sincero de doña Carmen, que me devolvió la calidez de la vida familiar en aquel barrio, por la sinceridad en los afectos entre los vecinos que hacía sentir a los niños que éramos hijos de todos los padres y madres de aquel portal 31, donde to-

dos te mostraban afecto, razón por la que se sentían autorizados para reconvenirme cuando hacías una trastada. Luego supe que no todos eran tan cariñosos o, por mejor decir, que algunos lo eran en demasía.

—¿Qué te trae por aquí hijo? ¿Quieres una cerveza? —me ofreció mientras ponía recto el tapete de hilo blanco que cubría el centro de la mesa baja adjunta al sofá, que era el común denominador de todos los salones de las casas en aquella época.

—¡No!, no quiero nada —afirmé con agrado—. He venido a ver María, porque he ido esta mañana a verla a la joyería y me ha dicho el dueño que se ha despedido. Por eso estoy aquí, preocupado porque ayer tarde la encontré un poco apagada.

—¡Pues no está! —afirmó rotunda en un tono que me hizo sospechar que María la había puesto sobre aviso de que vendría a buscarla.

—¿Está comprando o con alguna amiga?, porque si es así, la espero aquí si no le importa —repliqué.

—¡Pero María no vendrá, hijo! —repuso con firmeza.

—¿Y eso? —dije totalmente sorprendido por segunda vez en el día.

—Se ha ido a mediodía con unas amigas —afirmó con normalidad.

—¿Y deja el trabajo así sin más? —respondí sin ocultar mi sorpresa total.

—Ya estaba harta de ese trabajo. Ya la conoces, ¡cuando le da la ventolera!, ¡ya sabes! —añadió concluyente buscando mi complicidad.

—¡Ya! — repliqué atolondrado por el impacto de la noticia, que era evidente en mi cara y mis gestos—. ¿Y cuándo volverá? ¿Y dónde ha ido exactamente? ¿Ha dejado algún teléfono? —pregunté expectante.

—Uuuuh hijo, ¡no lo sé! María es de pocas explicaciones —recalcó—. Me ha contado que se iba con unas amigas y no me ha quedado claro si a San Juan, Alicante o Benidorm, ni por cuánto tiempo ni me ha dejado un teléfono —concluyó sentenciosa.

¡Pues me deja usted *pasmao*, doña Carmen! —manifesté reclinándome en el sofá—. ¡No sé! —continué—. Ayer tarde la encontré rara y como ida. ¿Le ha pasado algo?

—¡No, hijo! —respondió al instante—. Lo pasó muy mal cuando os fuisteis del barrio, especialmente por ti. Quizá, ahora, tienes que darle tiempo —concluyó enigmática.

—Pues si habla con ella recuérdale que la quiero, la necesito y que vuelva pronto. Y espero, doña Carmen —le dije cogiéndole las manos—, que sea usted mi aliada en esto y que me dirá cuándo está de vuelta.

—Tú, hijo, haz lo que tengas que hacer —replicó de buenas maneras— y yo con lo que ella me diga te comentaré. Y dale un beso a tu padre y dile que se deje caer por aquí.

Como no quedaba nada por decir, le di un beso en la mejilla y me fui hundido de aquella casa de la que siempre salí, siendo niño, alegre y contento por haber estado con María. Bajé las escaleras hasta el bajo donde vivía mi abuela Paca sintiéndome como un muñeco sin vida y llamé a la puerta de la letra A —nosotros vivimos también en el bajo en la letra C—, para verla y pedirle que me llamara por teléfono si sabía algo de María. Petición que le hice sin mucha convicción, pues el agrio carácter de mi abuela la llevaba a no ser especialmente afable con las personas.

—¡Olvídate de María! —exclamó sin dudar un segundo—. Este ya no es tu mundo y mejor que no lo sea porque solo te traerá problemas.

—¡Jopé, abuela! Tú solo tienes que llamarme en cuanto sepas algo de ella. Yo sé lo que tengo que hacer y no dejaré que nada arruine mi vida —afirmé tajante.

—¡Andal, que eres más tonto que Pichote —replicó.

Nunca supe quién era o fue el tal Pichote, ni por qué era tonto, pero esa era una de las muletillas que mi abuela lanzaba de modo recurrente, sin venir a cuento la mayor parte de las veces. O sí. Nunca me preocupé de averiguarlo.

—Abuela, haz lo que te pido, por favor —reiteré dándole un beso de despedida.

Seguía lloviendo a mares en Madrid cuando regresaba de ver cómo mi padre se moría, día a día, en la UCI. El sonsonete de las gotas de lluvia cayendo sobre el coche me sumergió de nuevo en los recuerdos de aquel triste día que seguí rumiando durante meses, desilusionado por la falta de noticias sobre el paradero de María que no supieron o no quisieron darme ni su madre ni la abuela. De este modo se fue agrandando la distancia entre los dos haciendo que su presencia fuera perdiendo espacio en mi mente que fue ocupando el hacer profesional que, día a día, reclamaba más y más tiempo hasta oscurecer aquella imagen de María en el autobús que terminó por sumirse en la bruma. Crecimiento profesional que amplió el marco de mis relaciones a ámbitos inesperados para un chico de San Blas, en las altas esferas políticas, económicas y sociales donde descubrí otro mundo que llenó mi tiempo; sumado a las salidas con los compañeros de carrera y a la vida golfa que seguía disfrutando con mi padre y sus amigos por los clubes de Costa Fleming, cada vez con más desgana, hasta que mi cerebro hizo clic la madrugada en la que recién acostado después de estudiar para un examen de final de curso, escuché su voz al entrar en casa con tres mujeres y otro amigo gritando desde el pasillo: «¡Hijo, arrímame mil duros y te mando una chical!». En ese preciso instante comprendí que no podía seguir con ese estilo de vida ni en aquella casa porque, de hacerlo, no llegaría a nada y acabaría metido en su rueda de juerga y sexo continuos. No obstante, le arrimé los mil duros, un tercio del salario que cobraba en una productora. Seis meses más tarde, en cuanto me doblaron el sueldo de quince a treinta mil pesetas, alquilé un apartamento por el que pagaba veintisiete mil mensuales y me fui; no muy lejos, a Doctor Fleming 33, donde ya nada fue lo mismo. Llegué a casa pasadas las doce del mediodía ansioso por salir de dudas sobre si tendría respuesta de quien suponía que era María. Subí de dos en dos los catorce escalones que comunican el salón con la buhardilla y, sin sentarme en la silla, encendí el ordenador. El par de minutos que tardó en abrirse se hicieron eternos. Coloqué el puntero sobre el icono de correo electrónico, presioné y allí estaba su anhelada respuesta

Sí, Víctor, soy yo de verdad... ¡Qué felicidad haberte encontrado! He querido saber de ti, pero nadie sabía nada en el barrio y no e savido a quien preguntar ni donde buscar... Te he pensavo tanto en todos estos años. Espero que me entiendas..., pero hace mucho que no escribo en espanol.

Me dejé caer a plomo sobre la silla del despacho desparramándome como si hubiera caído desde las alturas. Hipnotizado por esas pocas palabras, comencé a currarme un canuto para reponerme de un impacto que removía mis entrañas al hacerse presente en el hoy de ese día, una persona venida de la noche de los tiempos que desde que abrí los ojos al mundo había estado a mi lado: dentro de mí. Primero de forma carnal durante una maravillosa infancia y adolescencia compartida a diario; después, y por décadas, en esencia mediante los recuerdos y la añoranza que provoca lo amado y perdido y que, ahora, venía de nuevo a mi vida, de momento de manera electrónica, haciendo aflorar lo más arcano de mi ser: la exaltación de un amor larvado tantos y tantos años, y comprobar que ahí estaba, tan vivo como en el pasado. Emociones que inevitablemente me devolvían la idea de que ella era mi destino vital de siempre. Di la primera calada al canuto y respondí de inmediato a sus palabras reconfortantes.

María, María, dulce María, ¡cuántos años sin tí!, ¡cuánto he penado por tu ausencia! Tu reaparición es mucho más que una sorpresa inesperada, pues supone abrir de par en par una parte de mí que no he olvidado nunca, que ha estado siempre ahí, escondida, oculta, a la espera, ahora lo veo, de que pudiera suceder algo como esto. Reparición que devuelve a la vida los recuerdos y vivencias felices del pasado que me alegran e insuflan energía en un momento triste, porque mi padre agoniza desde hace semanas en el hospital donde todo indica la inminencia del desenlace fatal. Como imaginarás, tengo un sinfín de preguntas que hacerte. Lo primero que quiero saber es si me has recordado y añorado como yo a ti, si eres feliz y si sueles venir a España. Disculpa que sea tan directo: como ves, no he cambiado. Sigo siendo el mismo que quería estar siempre a tu lado para robarte un beso o una caricia en esas piernas tuyas que me volvían loco y que, imagino, seguirán tan lindas y morenitas como en-

tonces, ¿verdad? Tan bonitas como lo hermosa que te he recordado en todos estos años. Yo también te busqué en el barrio cada vez que visitaba a mi abuela mientras vivió allí. Visitas que aprovechaba para preguntar a tu madre si sabía algo de ti, si me podía dar un teléfono o una dirección. Siempre me decía que vivías en Italia, aunque no sabía dónde. Nunca me quedé convencido de que su respuesta fuera real, pero no me pareció oportuno insistir y ponerla en un compromiso, pues intuía que había alguna razón por la que tú no querías que me contara la verdad sobre dónde estabas; por eso solo le pedía que si hablaba contigo te diera recuerdos y, si se enteraba, me diera tu dirección o teléfono. Es normal que nadie te diera razón de mí en el barrio, pues no he vuelto por allí ni he mantenido contacto con nadie desde que mi abuela se fue a la residencia en el noventa y siete. En cuanto a lo que ha sido mi vida en todos estos años, te doy unas primeras pinceladas. Terminé periodismo y he trabajado en prensa, radio y televisión durante más de veinticinco años, con altibajos que me obligaron a buscarme la vida desde 1995 a través de dos empresas que creé, de las que pervive una que me da cobertura legal para continuar trabajando como productor audiovisual y profesor asociado de universidad. Me casé con Laura hace veintidós años, tras dos de noviazgo. Tengo un hijo, Martín, de quince años, y vivo en las afueras de Madrid. Imagino que tendrás tus tareas y ocupaciones, pero espero que no tardes tanto en responder y me gustaría que cuando lo hagas, me envíes tu teléfono para llamarte porque me muero por oír tu voz. Tu ausencia prolongada, una vez reaparecida, se me hace agónica. Muchos bssssss por toda tú.

Leí varias veces el mensaje antes de enviarlo para comprobar que no contenía nada que le pudiera parecer inconveniente, aunque traslucía que mi sentimiento amoroso seguía tan vivo como en el pasado. Opté por dejarlo como estaba, pues no tenía sentido andar con subterfugios ni perder el tiempo mareando la perdiz. Quería que comprendiera que seguía siendo el mismo, claro y directo, a la hora de expresar mis emociones y deseos, razón por la que dejé tal cual la frase final de los besos, que borré y escribí varias veces. La lectura repetida de su escueto mensaje reverdecía la sensación de que volvía a su sitio una parte de mi ser, perdida y enmascarada a golpes de lo vivido en media vida; en los treinta y un años desde nuestro último y amargo encuentro en la joyería de Doctor Fleming, y los cuarenta desde que deje de vivir en el barrio. La felici-

dad por el reencuentro desató una galerna de vivencias y recuerdos que devolvían de manera tempestuosa al presente mis orígenes: el barrio, mis padres y hermanos, los vecinos, la taberna, la calle, los juegos, el colegio, los amigos, las risas, los llantos y María. Justo en el momento en el que mi padre iba perdiendo al póquer con la muerte. Todo a la vez. Emociones apelonadas que me poseyeron como confabulación emocional de la que salí recurriendo a la querida semiótica que vino en mi auxilio para recordarme que en la vida todo son signos que, por inferencia, remiten a otros signos que debemos descodificar en su significado e interacciones para dar sentido a lo que nos sucede, para descifrar el texto de la vida que nos permite hacer camino al andar como dejó escrito Machado con su ingenio luminoso. Multiplicidad de signos que salen a diario a nuestro encuentro ante los que no se puede volver la cara y hay que saber leer y contextualizar para no volverte loco y evitar así perderte en la marea de estímulos que de continuo nos asaltan. Signos que interpretados de este modo permiten quitar el polvo denso que oculta lo que te va indicando el destino: la palanca que mueve nuestra vida. La reaparición de María era, sin duda, un signo del que aún no vislumbraba su alcance, su significado, ni a dónde me conduciría; como también era un signo la muerte absurda a la que irremisiblemente parecía abocado nuestro padre por su estado, cada día peor. A las ocho de la mañana del siguiente día, mientras me afeitaba, sonó la llamada fatídica que uno nunca quisiera recibir aunque la esté esperando.

—¿Es usted Víctor Herráiz? —la gravedad de la voz anunciaba lo peor.

—¡Sí!, soy yo —respondí temeroso.

—Le llamo desde la UCI del hospital de La Princesa para decirle que si quiere despedirse de su padre venga lo antes posible, porque ha entrado en un estado irreversible en el que ya no tiene sentido mantenerlo con vida de manera artificial y lo mejor es desconectarle.

—¡Voy para allá! —respondí tembloroso, sin poder articular ninguna otra palabra.

—Esperamos entonces a que usted venga.

Lo inesperado de la llamada y la frialdad en el tono del comunicante —apropiado para dar este tipo de malas noticias— me dejó petrificado, pues, aunque las circunstancias vengan predisponiendo tu ánimo para aceptar el momento del desenlace fatal que temes sin remedio, siempre albergas la esperanza de que ese momento no llegue jamás. Por eso, cuando se hace real lo funesto, uno nunca está preparado; de ahí que la congoja y el sentimiento de pérdida y desaparición definitiva de alguien que ha sido parte sustancial de tu vida se apoderen de ti al comprobar que aquel que creías inmortal, que no desaparecería nunca, que siempre estaría a tu lado compartiendo vivencias, es tan mortal como todos. Un mal trago que en el caso del fallecimiento de los seres que te preceden y te han dado la vida te produce una desazón especial, añadida a la sentimental, porque su muerte significa que ya no hay red emocional que sujete tu caída. Que te quedas sin escudo ante la vida. Que generacionalmente pasas a ser el siguiente de la lista y que, por tanto, la tuya, tu muerte, está más cerca. Apuré el afeitado y mientras me vestía a toda pastilla, instintivamente, me detuve al pensar que para qué tanta prisa si, en realidad, ya estaba muerto desde que dejó de articular el pensamiento y de expresarse con coherencia para caer en el delirio del que ya no supo salir. Comunicué la noticia a Laura y le pedí que, por el momento, no le dijera nada a Martín. Aunque insistió, rechacé su oferta de acompañarme en trance tan macabro que prefería ahorrrarle y vivir en solitario. Me dirigí al garaje con la mente en blanco, que es el efecto que se produce cuando coinciden en muy poco tiempo hechos trascendentales que te alteran en lo más profundo y te llevan a intuir que, desde ese momento, tu vida ya no volverá a ser igual ni la volverás a encarar como antes. Conecté el teléfono del coche en manos libres y llamé a mi madre y hermanos para contarles que iba al hospital para dar el adiós definitivo a nuestro padre y exmarido. Como imaginaba, reaccionaron con estupor, aunque habían estado al tanto de toda su peripecia vital que les fui contando puntualmente, y sin pensar en

ese momento en sus difíciles relaciones con el que pronto estaría en situación de finado. Relaciones que se habían ido suavizando por el paso del tiempo haciendo que mis hermanos se abrieran a la idea, que yo siempre tuve clara no por ser más listo, pero sí más independiente, de que nadie enseña a ser padre o madre y que, por tanto, a los padres nunca se les puede exigir más allá de lo que son capaces de ofrecer. Que los padres, como todas las personas, son hijos de su tiempo, del que les correspondió vivir en su etapa de formación en la infancia y juventud, y aunque siempre es deseable que evolucionen, nunca se les puede reclamar que lo hagan y abran su comprensión a todo lo que a los hijos les gustaría. Los tres me dijeron que cogerían el primer tren veloz para Madrid.

Llamé también a Enriqueta, con quien mi padre había compartido los últimos veintidós años de su vida y con la que tuvo dos hijos, aunque nunca se casaron; que había preferido, por deseo de mi progenitor, no seguir el proceso de la enfermedad que me chupé solo con él, salvo los días que estuvo hospitalizado tras la primera y segunda operación. De camino al hospital el goteo de una lluvia pertinaz parecía ir descontando los minutos que le restaban de vida que pensé, absurdamente, que dependía de lo que tardase en llegar. La idea de que su vida estaba en mis manos me hizo olvidar el componente trágico por un rato, en el que conduje de manera distraída en la creencia ridícula de que ese hecho, tan banal, me otorgaba poder sobre su vida y su muerte. Al llegar a la UCI caí en lo insensato del planteamiento al caerme encima el dolor del momento cuando el facultativo me dijo.

—Ya es la hora de que su padre descanse en paz.

—¿Ha habido un empeoramiento de su situación? —repliqué interrogativo.

—Esta madrugada comprobamos que la infección ha llegado a su corazón, que era el único órgano sin afección, por lo que intentamos reanimarlo por ver si la función cerebral seguía activa de algún modo —respondió sin ninguna emotividad.

—¿Y? —pregunté anhelante.